

Terapia verde.

-Mirta se murió. Muerta está Mirta. La mató el cáncer. El cáncer la canceló.

El doctor me aconsejó decir lo que pienso, lo que me viene a la cabeza. Es bueno que usted oiga su propia voz, explicó mientras escribía en mi ficha, y también es bueno para su hijo. No importa tanto lo que diga, sino la presencia humana en el sonido, en la música. Cosas vivas, le sugiero cosas vivas, y se entusiasmó nomás al decirlo, le brillaron los ojos. Pruebe con plantas de interiores, alguna mascota, tal vez un canario.

Animales no, se lo ruego, dije yo allá lejos y hace tiempo, que los animales ensucian y además no tengo tiempo para sacarlos a pasear. Y el canto de los pájaros me molesta, un escritor necesita tranquilidad.

Así que yo hablo, pienso en voz alta, tal como me lo indicó el doctor, pero lo que más quisiera es escribir. Últimamente me bloqueo, me cuesta concentrarme, y la página delante mío es una tormenta de la tundra siberiana, una nevisca en el hielo antártico.

-Tumores son temores, Robertito.

Mi niño no habla. Ya no es nuestro niño, es sólo mío. Desde hace un año, mañana martes. Duerme en su cunita callado, silencioso. A veces oigo los brazos que frotran las sábanas, la mano que sacude el títere con campanitas, los pies que patean los barrotes de madera. Entonces corro a la habitación y lo encuentro sentado en el medio de la cuna, el gesto laxo, inmóvil, con carita de yo no hice nada. Ah, picarón, le hace bromas a papá.

-Mirta no era Marta. Mirta está muerta. Que Marta parta con su sarta.

Marta es la encargada del edificio. Cómo habla esa mujer. Ayer me estuvo hablando quince minutos del otro lado de la puerta, hablando y porfiando sobre los cuidados que hay que administrarle al potus. Agua y luz, me repitió hasta el cansancio, agua y luz.

-Tengo un cactus y compré un potus, pero me falta un ficus.

Los niños como el suyo, Rodríguez, dijo el doctor, necesitan ver el movimiento pequeño, pausado. Aman la cámara lenta, cuadro por cuadro. Pero yo no puedo ir tan despacio, doctor, entiéndame. Soy escritor, es mi oficio y mi vocación. De mañana trabajo para el diario y por la tarde escribo una novela, lo estimulo a Robertito, hago las compras por Internet. No tengo familia. Mi familia era Mirta y Mirta se fue un martes, mañana hace un año, doctor, me quiere decir usted qué hago yo sin Mirta. Tengo que hacer el doble de cosas, ser doblemente veloz, más que el rayo y el pensamiento. Escribir para pagar las cuentas, para pagarme las pastillas, para atender a Robertito.

-El cactus bebe poco. El potus crece a lo loco.

Le cambio los pañales a Robertito, que me mira serio. No sonríen estos niños, dijo el doctor, pero entienden el afecto. Robertito se queda sentado en la cuna, apoya la cabeza en los barrotes, la boca abierta de par en par. Desea morderlos aunque no tiene dientes, sólo encías rojas como granadas. ¿Tendrá hambre? ¿Estará cortando las muelitas?

Y la hoja blanca es leche derramada, harina leudante, algodón virgen.

Observo que Robertito tiene la mirada fija en un barrote de madera que ocupa todo su campo visual. Lo levanto por las axilas y le apoyo la espalda contra el lado opuesto de la cuna. Ahora vas a ver mejor el movimiento lento del crecimiento, Robertito. El del potus y el del cactus, y algún día el del ficus, cuando me anime a salir de casa y lo compre. Voy al baño y lleno el vaso con agua, vuelvo a la habitación de Robertito para regar el cactus, unas pocas gotas, unas gotas pocas, y el resto para el potus, que es un bebedor incurable, ahí frente a la cuna, las macetas al lado de la ventana para que las ilumine el sol de la tarde, macetas profundas y rebosantes de tierra negra, fecunda.

Si te viera Mirta, Robertito. Si Mirta me viera a mí. ¿Lo estás cuidando?, preguntó ella, pero no oyó mi respuesta. Que fue sí, por supuesto. Por suerte soy escritor, pienso, imagínese si fuera uno de esos colegas suyos, doctor, un médico sin fronteras. No

podría, doctor, se viaja demasiado, se vive lejos del hogar. Ahora tampoco puedo. Escribir con este silencio, quiero decir. Si hay ruido porque hay ruido, si hay silencio... es que no es cualquier calma esta calma chicha, esta ausencia de viento en alta mar. Los ojos de Robertito que miran, miran, miran. Me siento frente a la computadora porque una idea chispea, hay que bajarla ahora o nunca, y de repente es como si a Robertito le arrancaran las uñas, entonces yo voy corriendo y nada. Tiene los juguetes al alcance de la mano y es como si los juguetes lo esquivaran justo cuando los está por agarrar.

Aquel martes pensé que Mirta se había muerto, doctor, la habitación del hospital estaba muy fría, muy quieta, no se oían pasos en el pasillo, sería de noche, sí, estaba oscuro, y entonces no se imagina el susto, doctor, Mirta abre los ojos y me insiste, ¿pero lo vas a cuidar bien, no te vas a olvidar?, claro que sí, claro que no, mamita, respondí sobresaltado, y ahí sí, ya no los abrió más, aunque se le escapó una sonrisa y se oyó un pitido largo, como el lamento de un teléfono descolgado. Así que no llegué a contarle a Mirta lo bien que dormía Robertito, que estaba en el piso de abajo, en Maternidad, recién nacido y ya tan tranquilo, tan recatado, tan educado. Pobre Mirta, más que dar a luz se lo sacaron, más que un nacimiento fue una extracción, apenas lo pudo ver, y yo subiendo y bajando las escaleras, arriba Mirta, abajo Robertito, y así todo un mes, menos mal que llegó usted, doctor, cuando Mirta se había muerto yo yo quería romper todo, es verdad que me puse un poco violento pero usted puede entender, mi vida en pedazos que una escalera enlazaba, arriba y abajo, y los pedazos que desaparecían de mi vista, sólo quedaba la escalera y para qué, para qué sirve una escalera si arriba no hay nada y abajo menos, menos mal que usted me lo trajo a Robertito envuelto en una manta, bien tapado porque hacía mucho frío, tan escondido que casi no lo veía, y dormido, muy dormido, porque de noche Robertito duerme como un angelito, parece normal y todo, un nene que duerme el sueño de los justos, el sueño del padre moderno y

del psicólogo conductista exitoso, porque a mí me parece que usted es uno de esos, ¿verdad, doctor?, de los que escriben libros y dan conferencias sobre sus pacientes.

Pero fíjese que a mí los sueños no me causan mucha gracia. Sueño con los tallos del potus, sueño que crecen y crecen, y cuando despierto resulta que era verdad, la planta creció de lo lindo, no tanto así el cactus, pero el potus da miedo, y me hace acordar de Mirta, de cómo estaba brotada por dentro, un árbol le había echado raíces y ramas en todas direcciones, abriéndose paso por la carne, y los pájaros habían anidado, claro que sí, no exagero, cantaban una canción que era dolor y agonía y después vuelta más dolor.

El problema es que tengo tanto sueño, doctor, y lo cierto es que yo no quiero dormir de día, pero no me queda otra porque me volví un ser nocturno, doctor. De noche soy libre, se agranda la casa, las paredes se alejan. Hay una vida entre las 8pm y las 7am, que es cuando Robertito anuncia el comienzo de las acciones: toses, carraspeos, gestos vagos, golpes contra los barrotes de la cuna. Miradas que parecen alaridos. De repente se me eriza el vello de la nuca y yo sé que Robertito se sentó en la cuna y me espera.

De noche, en cambio, a partir de las 8pm, puedo ver la televisión, puedo leer, puedo escribir, puedo beberme un whisky, o dos, o tres, puedo cerrar las cortinas, bajar el volumen y sintonizar el canal porno, disculpe usted, doctor, perdoname Mirta, Mirta estás muerta pero la marta no, la marta sigue viva, la marta amerita una sacudida. No Marta la encargada del edificio, que habla demasiado y sube el correo y las cuentas, y me pregunta si tomé mis pastillas cuando me echa por debajo de la puerta los volantes de diez mil pizzerías. No, no digo esa Marta sino mi marta, la nutria hambrienta, la marta que extraña a Mirta. Tanto amor para amarte Mirta. Tanto amor que ya no puede darte la marta porque te marchaste un martes, mañana se cumple un año, Dios mío.

Entonces suena el timbre, doctor, y como si la hubiera convocado oigo la voz que llama y dice aquí le traigo correo, señor Roberto, y yo me hago el que salí y no atiende,

pero ella sabe que no salí, cómo no va a saber si se la pasa haciendo guardia en la vereda, pero igual puede suponer que estoy en el baño, no voy a salir corriendo con los pantalones bajos para abrirle, qué va a decir Marta si me vé aparecer marta en mano.

Voy en puntas de pie hasta la habitación de Robertito, sentado en el medio de la cuna y mirando los barrotes, y pienso que debo ayudar un poco más al crecimiento lento del potus y del cactus, así que vuelvo al baño por más agua, una gota para el cactus, un vaso menos una gota para el potus.

-Qué locus el potus, Robertitus.

Él no se ríe, claro que no, porque no sabe hacerlo, eso me lo explicó usted, doctor, que el niño sufre de un problema sensorial por el embarazo tan traumático de Mirta, eso me dijo, es difícil que las cosas le lleguen, pero entonces, le pregunto yo, ¿acaso Robertito no se dio cuenta de que Mirta se había muerto?, porque no estoy seguro de entenderlo, doctor. Usted me dijo que yo también voy a entender, de a poco, con ayuda de la medicación, con su ayuda y la de Marta, doctor, que todos los días sube y me pregunta si tomé las pastillas, claro que sí, claro que las tomo. Y lo estoy esperando a usted, doctor, que me venga a visitar a mi casa, porque ahora estoy mucho mejor, pero Marta la encargada comentó que usted anda de viaje dictando conferencias, lo felicito, doctor, que anda firmando autógrafos en su nuevo libro, algo de la terapia verde, sí, eso.

Yo estoy seguro de que Robertito, si no se dio cuenta de lo de la mamá, al menos se da cuenta del crecimiento del potus, porque los tallos cubrieron toda la habitación, se están aferrando a los barrotes, salieron por la puerta y avanzan por los pasillos, es una casa muy luminosa, nos dijo el hombre de la inmobiliaria cuando nos la mostró, cómo le gustaba este departamento a Mirta, el hombre abría puertas y alacenas y cajones y placares y Mirta me hacía ojitos de enamorada, de hoy te agarro y te reviento, así que de día hay luz en todos los ambientes, y de noche yo estoy despierto y las luces de mi

habitación y el baño y el living y la cocina quedan encendidas, entonces claro, el potus crece hacia la luz, el nombre científico del potus es Scindapus Aureaus, lo averigüé pero no sé que será, pero para mí que también viene de photus, que en griego significa luz.

En cambio, del cactus no sé qué pensar, me tiene un poco confundido. Una espinita por aquí, otra por allá, un bulbo que parece un ojo, una ampolla de esas que si las pincha se desinflan y supuran un agua pegajosa, amarillenta. Capaz que el cactus es demasiado lento para Robertito, yo creo que con el potus vamos a conseguir grandes progresos, usted es un genio, doctor, si hasta me pareció que el otro día Robertito miraba un juguete con pasión, un oso que le compré cuando Mirta me dijo que estaba embarazada, creo que no exagero si le digo que se olvidó del barrote número cuatro contando desde la izquierda, o era desde la derecha, a veces soy medio disléxico, y si el problema son mis genes, doctor, dislexia anorexia epilexia, qué bruto, se dice epilepsia, era una broma, doctor, no se lo tome así, sucede que soy escritor y me encantan los juegos de palabras, doctor, anagramas y palindromas por igual, aunque ultimamente no coordino tanto como para eso y apenas me salen las rimas, que para peor ultimamente no están de moda y los editores las tachan con un resaltador grueso, color rojo vergüenza.

-Qué noche la de anoche, Robertito, no te puedo explicar todo lo que hice.

Escribí un artículo para el diario, hice las compras, revisé el estado de mi cuenta bancaria y constaté con felicidad feliz que me depositaron lo que correspondía, todo por internet, ya no hace falta vestirse ni salir a la calle, doctor, después me inspiré y se me ocurrió un nuevo final para la novela, el personaje sostiene una vela, se pasa la noche en vela porque de noche puede vivir, no así durante el día, que cuida a un niño que tiene problemitas y también a unas plantas que crecen y crecen porque a las plantas hay que hablarles por más que sean vegetales, ves Robertito, ves cómo se puede ser un vegetal y al mismo tiempo asimilar el estímulo de alguien que te quiere, porque papá te quiere

casi tanto como Mirta, que está muerta pero nos quería tanto que es como si siguiera aquí con nosotros, otra que tardó un poco en morirse, en decidirse a morirse, yo me acuerdo de cuando Mirta era atlética y saltaba de un lado para otro como un canguro, algún día te voy a mostrar las fotos, y en la cama aullaba como una ambulancia, eufórica y ebria de vida, pero todo eso se terminó, Robertito, porque Mirta está muerta desde aquel martes, vos me mirás absorto, yo voté por el aborto pero Mirta no, antes la muerte, dijo, y así nos fue, a Mirta ni siquiera la podían tratar porque vos estaban adentro, cómo quitarle todas esas porquerías si tanto veneno y tantos rayos te hubieran masacrado, aunque mal no hubiera estado, pensándolo bien un tumor y un niño son muy parecidos, crecimientos que se disparan en mil direcciones, tallos como el potus y los glóbulos del cactus, capaz que toda la porquería que le crecía a Mirta por dentro sigue creciendo en casa, qué ensañamiento el de esa enfermedad, conmigo y con vos, Robertito, y qué extraño que el doctor haya recomendado esta terapia de cosas vivas, cosas que crecen igual que el cáncer que la canceló a Mira, la muerta del martes.

Pero no te preocupes que yo le prometí a Mirta que iba a cuidarte, con mucha maña y mucho arte, no es cuestión de acogotarte, o lanzarte en dirección a Marte, es cuestión de quererte y esperar, seguro que se acerca el momento en que vas a mirarme a mí, ni al títere ni al barrote número cuatro, y vas a reconocerme y decir algo tan sencillo como:

-Papá.

Y otra vez suena el timbre y es Marta, la encargada, una buena samaritana, capaz que anda un poco solitaria, igual que yo, qué le vamos a hacer si así es la vida, Marta, un vaso de agua no se le niega a nadie, ayer a las 3am había una película que me hubiera gustado ver junto con vos, sentaditos en el sofá y tomándonos un helado de crema, me imagino el helado derretido que chorrea sobre tus tetas, Marta, que están muy buenas, pareciera al menos, claro que nunca te las vi pero me las imaginé igual, pero no estabas

así que lo que hice lo tuve que hacer solo, Marta, a falta de Mirta que está muerta, y vos tocás a la puerta una vez más y te juro que abro y te hago feliz, Marta, el piso de madera está negro de mugre y húmedo con la transpiración del potus y las hojas taparon las pinturas y las fotos de cuando éramos una parejita feliz, y esta noche voy a dejar cerradas todas las ventanas a ver si es cierto eso del dióxido de carbono, dicen que cada planta larga un poquito nomás, no mucho, que no alcanza para ahogar a nadie, un mito urbano que les dicen, pero el potus ya creció lentamente, por casi un año que pareció una década, tanta hoja debe pesar una tonelada y podría funcionar y yo no aguanto más, Marta, Mirta, Robertito, ayer le conté las espinas al cactus y eran doscientas catorce, una barbaridad, esta noche las cuento de nuevo a ver si llegamos a las doscientas quince, y cuando quise contarle las hojas al potus me perdí después del mil ochocientos y algo, porque hubo un momento en que me tropecé con tanto tallo desbocado, o tal vez era un pecíolo, o un limbo, cómo me gustan los nombres de las partes de las plantas y las flores, suenan mucho mejor que nuestras partes, si no comparemos omóplato con corola, hígado con estambre, páncreas con pistilo, son nombres tan lindos que nunca podrían enfermarse como tus partes, Mirta, tus partes que se pudrieron un martes, la cuestión que después del tropezón confundí la cocina con el baño y seguro que conté las hojas dos veces en un ambiente o en uno me olvidé de contar. Entonces volví a la habitación de Robertito y las hojas ya se habían apoderado de la cuna, lo acunaban a Robertito, se le habían anudado alrededor del cuello, la oreja y la entrepierna y yo dije:

-Pobre muñeco, Robertito, qué lindo muñeco.

Y ahí me acordé de que alguien más había dicho eso, caray que no recuerdo quién fue, es que tanta trasnoche, tanta paz y tanto sueño, el whisky y la peli que pasaron, con las chicas que usaban tobilleras con caracoles y tatuajes en el cuello, qué reventadas, qué buenas que estaban, por eso me cuesta tanto hacer memoria, pero ya viene ya viene

fue Marta, ahí está, fue ella, Marta, eso fue lo que dijo Marta la única vez que la hice pasar, recién llegados del sanatorio, Robertito y yo, entró junto con el doctor que quiso verme y después nunca más, venían juntos y el doctor, usted, doctor, todo el tiempo me decía, Marta va a venir a verte, Roberto, así estamos seguros de que seguís tomando las pastillas, estas manías negatorias son curables pero toman tiempo, se tratan mejor en el propio hogar, cuidalo bien a Robertito, y recuerdo bien que usted le dijo, doctor, le dijo a Marta que disimulara, me habrán visto medio beodo, medio estúpido con tanto dolor y tanta medicación, disimule Marta, le dijo en un susurro, cuando lo vea al nene, no se le ocurra levantarlo, lo mira de lejos dice qué lindo y nada más, y fue entonces que Marta, que un rayo la parta, dijo qué muñeco este Robertito, qué lindo muñeco, y las hojas del potus ya me llegan hasta las rodillas, no puedo abrir las puertas porque las bisagras están encerradas en un capullo de hojas de potus, igual que las entrañas y las articulaciones de Mirta, Mirta la muerta, estaban encerradas dentro de una cáscara de insecto, una quitina crujiente y asquerosa, maloliente, así que de noche abro las ventanas para que entre el aire fresco, pero creo que esta noche me la aguanto y las cierro todas, y pego cinta de embalar alrededor de los marcos, a ver si por lo menos una buena jaqueca, quién sabe, Mirta, capaz que nos reunimos todos, Mirta, vos y yo y el muñeco, mañana, mirá qué casualidad, mañana es martes y pasó un año, martes, no te cases ni te embarques, pero antes tengo que hacer algo, porque ya me cansé de ser un ente nocturno que escribe y compra y consume y bebe y mira porno y riega las plantas, antes voy a esperar a que llegue Marta, Marta con su sarta, Marta con el doctor, que la llamó por teléfono, me lo dijo Marta a través de la puerta, por qué justo mañana va a venir, pensé yo pero me lo callé, porque tal vez parezca tonto pero la persecuta me volvió inteligente, todo un estratega, ¿que le habrá dicho el doctor a Marta, seré curioso? ¿Que lo de Robertito ya no va más? ¿Me lo querrán llevar a Robertito? Mirta,

yo te prometí que lo iba a cuidar y lo estoy cuidando, claro que sí, cuando se apoya contra los barrotes lo siento en la cunita, y cuando le crece el potus alrededor del cuello lo libero de ese abrazo amoroso verdoso canceroso, a ver si encima se ahoga el nene, que estaba en el piso de abajo, te acordás, hasta que vino el doctor a traérmelo envuelto en la manta, pobre doctor con sus teorías, él sólo quiso ayudar, que la manía y la negación y la persecutoria, todo lo que quiera, yo lo traté bien a Robertito, a ellos se les fue, no a mí, qué lindo el muñeco, pero cómo me explica, doctor, cómo me explica que al muñeco se le cayó un bracito, se le salió una piernita, y ya no dice papá, ¿no será que se quedó sin pilas?, de tanto cambiarle los pañales y caerse contra los barrotes, ya lo sé, ya lo sé, usted me va a decir que yo oía los gritos y el llanto y que no era verdad, que eso era imposible porque Robertito ya estaba en otra parte con Mirta y sus partes, usted dijo que yo tenía que curarme y lo mejor era esperar a que la verdad despuntara sola, que se hiciera la luz sobre el potus para que crezcan más hojas y tallos y bulbos.

-Roberto, abra, Roberto, que estoy aquí con el doctor que lo quiere ver.

Ahí llegaron, Mirta, Robertito, por fin, los estaba esperando, hace rato que preparé la pala y la tijera de podar y más tierra negra y fungicida y fertilizante, es la voz de Marta que los anuncia, mi querida Marta, estuve practicando de madrugada, Marta, vas a ver que te va a gustar, Marta, y después te voy a poner en la cunita, al lado del doctor, para que jueguen con Robertito, así me acompañan y aprenden con el movimiento lento, cuadro por cuadro, del potus que crece, y se nutre de agua y minerales y quién te dice que el potus se encariña con ellos, y el cactus también, aunque pincha, y el ficus cuando me anime y salga a comprar uno, y los tres hundan felices las raíces en Marta y el doctor, no del todo, sólo una parte, porque otra parte va a estar en la cunita. Mañana es martes, un buen día para que los muertos y sus partes se junten, doctor, usted primero, debo insistir, luego Mirta y Marta, y por último Roberto y Robertito, el muñeco divino.